alma llena de fe y fervor, que preferiría morir antes que hacer traición á su Dios y á su conciencia, según la heroica divisa de nuestros padres: *Potius mori quam fœdari*; é imagináos también lo que acontecerá en el alma de un niño durante los nueve meses que habita el seno santificado con tal amor; y en los dos ó tres años que, inclinada la madre sobre su cuna, le prepara para la virtud al mismo tiempo que para la sociedad. Representáos esa dulce primavera de la adolescencia en que el niño cree á su madre, y, por decirlo así, no cree más que á ella; y después considerémosle también en esa juventud tan peligrosa, durante la cual, no recibiendo ya la verdad de nadie, todavía la escuchamos de una madre cristiana; y considerémosle, en fin, durante toda la vida, pues, en tanto que tenemos madre, brota de su corazón como de hermoso sol una influencia que ilumina, enardece y vivifica: ¿qué sucederá? que aquello que una madre semejante grabó en el corazón de su hijo, no se borrará jamás, resistirá á toda profanación. Ó el hijo subirá á la luz, y será virtuoso permaneciendo allí siempre, ó si llega á sucumbir, conservará al menos los restos del fuego sagrado que recibiera; chispas de probidad y honor, prontas á reanimarse, tristeza y disgusto, pruebas evidentes de que no ha nacido para el mal; y en fin, otras señales preciosas que

revelarán al menos avisado, que ha tenido una madre cristiana; á la manera de esas estatuas antiguas que sin respeto á su mérito mutilara la mano de los vándalos, pero que á través de sus deformidades, conservan aún señales evidentes del gran artista que las esculpió.

Quisiera que el tiempo me permitiese desarrollar aquí los anales de la paternidad y maternidad cristiana, en cuyo caso pondría de manifiesto, á fin inflamar los corazones en generoso entusiasmo, dos generaciones de almas grandes: la que derechamente marcha hacia la luz y la virtud, y la que no sigue esta senda, según el mismo De Maistre, sino describiendo una curva, ó mejor dicho, un círculo vicioso que las conduce al punto mismo de donde habían partido (1): tanto en las unas como en las otrasse patentiza cuánta es la profundidad de ese carácter divino, cuando ha sido grabado sobre el alma por una verdadera madre. ¿Quién formó á San Bernardo? por ejemplo: ¿quién le creó tan puro,

(1) «Si la madre se ha impuesto el deber de imprimir en la frente del hijo un carácter divino, casi puede asegurarse que la mano del vicio no le borrará jamás. Este hijo podrá llegar á extraviarse, pero, si me es permitida la expresión, describirá una curva y círculo vicioso, que le conducirá de nuevo al punto de partida.» (De Maistre, *Soirées de Saint-Pétersbourg*, tomo I, página 87.)

tan fuerte y tan abrasado en el amor de Dios? Su padre Tescelin, su santa madre Aleth. ¿Y á Santa Juana Chantal? ¡Ah! ésta no tenía madre, pero no vacilaré en asegurar que tuvo un padre ó una madre, ó ambos á la vez, en ese incomparable magistrado, el presidente Fremiot. ¿A quién debió Santa Sinforosa el heroísmo de su vida y de su muerte, sino á su intrépida madre Augusta? ¿Es posible pronunciar el nombre de Orígenes, de ese genio tan grande y tan ilustre, sin descubrir á su venerable padre Leonidas recostado sobre la cuna, y besando respetuoso el pecho de su hijo, como templo del Espíritu Santo? ¿Y San Juan Crisóstomo, elevado, aun siendo ya Obispo, á tan nobles pensamientos y magnánimas resoluciones por el valor y la decisión de su sublime madre? ¿Y San Atanasio, y San Ambrosio, y San Gregorio el Grande? ¿y más tarde San Luis, San Eduardo, San Francisco de Asís? y en los tiempos modernos ¿San Francisco de Sales y Santa Teresa? Sería menester citar todos los héroes y todos los Santos, porque tal vez jamás se vió aparecer siquiera uno, sin que Dios le haya dado padre ó madre dignísimos, como precursores capaces de prepararle á sus grandes destinos. Y si la obscuridad de la historia no permite siempre descubrir las manos venerables, que formaron su alma, no vaciléis en afirmar su existencia; á la manera que cuando veo una escultura de Miguel Angel ó un cuadro de Rafael, me importa poco que estén ó no firmados: los miro, y á través de las sombras que cubren sus autores y ocultan sus nombres, saludo al genio que los ha concebido, y que dotó al mundo de ellos.

Hace mucho tiempo que dijo un escritor brillante y profundo, al par que ligero: «*Fortes creantur fortibus et bonis:* los fuertes nacen »de los fuertes, los buenos son creados por los »buenos (1).» Y la Santa Escritura se explica mejor aún, proyectando sobre tan bello pensamiento un rayo de luz divina: «*Generatio rectorum »benedicetur*; los justos engendrarán hijos dig»nos de ser bendecidos por Dios»; lo cual, para honra de las madres cristianas, será siempre una verdad.

Respecto á esas almas, buenas también, que antes de volver á encontrar el camino de la luz, permanecen algún tiempo en las tinieblas, si bien tristes siempre, inquietas, atormentadas por la ausencia de la verdad, y sufriendo la herida que su madre les ha inferido; creo presentar en este libro un ejemplo de tal naturaleza, que hará inútil citar otros. Por él se verá cómo se infunde en el alma de un hijo ese carácter divino; y cómo

(1) Horacio.

no es posible que las pasiones, aun las más violentas, puedan jamás borrarlo, cuando ha sido obra de una verdadera madre.

¡Pero cuánto, oh madres, es menester que sufráis, para que vuestros consejos se graben en el alma de vuestros hijos! ¡nada son los dolores del parto al lado de aquéllos! y es por lo demás muy justo, pues se trata de formar lo más grande que hay en este mundo. Cierto autor decía, al concluir una de sus obras: «He terminado este »duro trabajo en diecisiete noches, y tembloroso »todavía por los sufrimientos que me ha causado, »le miro con inquietud, y pregunto, si su voz será »escuchada por los hombres.» ¡Oh madres! ¿Podéis vosotras decir otro tanto? ¿Tembláis también al contemplar lo que habéis sufrido, para formar el alma de vuestros hijos? Y ¿se podrá escribir un día de vosotras, lo que Agustín ha dicho de la madre admirable cuya vida os presento? «Ella »ha sufrido más para darme á la verdad y á »la virtud, que para darme al mundo.» Es la primera lección que encierra este libro, y creo que, en los tristísimos tiempos que atravesamos, no carece de interés ni de oportunidad.

Pero encierra aún otra segunda verdad, importantísima también, y consecuencia necesaria de la primera. ¿De qué hubiera servido, en efecto, que diera Dios á las madres fuerza para im-

primir en el alma de sus hijos una huella sagrada, si, cuando despiertan las pasiones y amenazan borrar la huella, no las invistiese de una fuerza soberana é infalible también, para proteger eficazmente á sus hijos, y arrancarles de todos los peligros?

¿No ha puesto Dios, precisamente por esto, la ley admirable de que cuando el joven sube las cimas abrasadoras de la vida, el padre las baje; y cuando la joven aproxima á sus labios la seductora copa en que á los dieciséis años cree beber la felicidad, la madre acabe de vaciarla hasta las heces; y que pierda ésta el encanto de las vanidades é ilusiones mundanas, precisamente cuando sus hijos corren el peligro de ser deslumbrados por esas mismas ilusiones? ¿Y á qué todo esto sino para que hallen en labios, de cuya sinceridad no sospecharán jamás, la única palabra capaz de salvarles, sacándoles de su error?

¿No será también por esto mismo, que Dios ha dotado la paternidad de una especie de intuición, que revela al padre y á la madre los peligros á que está expuesto su hijo; y el camino que es preciso hacerle seguir, para evitar los escollos? ¿Y no será también por iguales razones, y á fin de que el hijo tenga un director en senda tan peligrosa, que el Señor hace santa la pater-

nidad, sin quererlo ella; y ha condenado tantos padres á esos sublimes contrasentidos que se ven frecuentemente, y á la vez hacen sonreir y llorar?

Conocí un magistrado, hombre de bien, muy amable y de mucho talento, pero del que nunca se había servido sino para burlarse más ó menos humorísticamente de las cosas santas. Una de las veces que fuí á verle, tenía sobre las rodillas á su hija, encantadora niña de once años, que se preparaba para la primera comunión. Hacíala recitar el catecismo, y en el momento de entrar yo, acababa de explicarle lo que es un misterio; que los hay en todas partes, en la naturaleza, en la sociedad, y sobre todo en el hombre, no siendo de admirar que se encuentren también en Dios; y encantado de lo bien que su hija había aprovechado las lecciones, me repetía sus respuestas, y algunas de esas ocurrencias que tan gratas son en los labios de los niños. Esta conmovedora escena me hizo recordar á Diderot, conduciendo su hija á la doctrina de la iglesia de San Sulpicio, y explicándola él mismo; y me trajo también á la memoria otro escritor, que no quiero nombrar porque vive todavía, el cual severamente ha prohibido á sus hijos la entrada en el despacho, por miedo de que sus ojos se manchen, leyendo los papeles de su mesa. Quiere corromper el mundo, pero es padre,

y no quiere corromper á sus hijos: inconsecuencias felices y dignas de respeto, que observamos á cada paso en nuestros tiempos. Con frecuencia el hombre es superficial, escéptico, impío y se burla hasta de las cosas más santas; pero el padre, en cuanto padre, es siempre santo: Dios lo ha querido así para proteger á los hijos.

Para esto, sobre todo, ha puesto Dios en el corazón de los padres y en el de las madres esa fuerza invencible, que acabo de probar con grandes ejemplos, y que saben emplear cuando peligran sus hijos. Gracias al Altísimo por tanta bondad; pues aunque sean grandes las aflicciones sufridas por las madres para salvar la vida temporal de sus hijos, todavía han sufrido y hecho más para salvar sus almas. Las ha habido que, para evitarles crueles sufrimientos, no han temido la fiereza de un león; han desafiado el furor de ejércitos enemigos, y han pasado días, noches y semanas enteras sin comer ni dormir, junto á la cama de sus hijos enfermos. Yo lo he visto frecuentemente, admirado de su fuerza más que de su amor ¡y también las he visto morir por ellos! ¿Qué más puede hacerse por aquellos á quienes se ama? Sin embargo, lo repito, para salvar sus almas han hecho mil veces más; pues morir por quien se ama, no es el supremo esfuerzo del amor, ya que no es el col-

mo del sacrificio; el colmo del sacrificio y la cima del dolor para una madre no consiste en dar su propia vida; el gran martirio para ella es dar la vida de su hijo. Consiste en amar la verdad, la virtud, el honor, la verdadera hermosura del alma y la vida eterna de su hijo hasta tal punto, que prefiera verle muerto, á ver marchitarse en su alma cosas tan preciosas y tan santas.

No recuerdo qué filósofo, preguntándose á sí mismo, ¿qué es el hombre? dió esta sublime respuesta: «El hombre es un ser capaz de dar la »vida por la justicia.» La madre cristiana es una maravilla de género bien diferente: es un ser capaz de dar la vida de su hijo por la justicia; es un ser que ama tanto la verdad y la justicia, es decir, á Dios habitando en el alma de su hijo, que para que no salga de este santuario, en donde ella misma le ha depositado, vería con satisfacción rota y deshecha la envoltura de su carne. ¿Qué digo? es un ser que, cuando la persecución estalla, y ve claramente el mal; en la terrible alternativa de que perezca su hijo en el tiempo, ó de perderle para la eternidad, no vacila un momento en presentarle ella misma al verdugo, prefiriendo la muerte del cuerpo á la condenación de su alma. He aquí lo que la antigüedad pagana no pudo sospechar, y lo que Jesucristo ha dado al mundo en sublime y admirable espectáculo,

creando la madre cristiana. En efecto, tan luego como apareció Jesucristo, viéronse humildes mujeres que poniendo á sus hijos sobre las rodillas, entre besos y caricias que interpolaban con austeras lecciones de doctrina cristiana, «hijo mío, »decían, preferiría verte muerto, á que cometie»ras un solo pecado mortal.»

Y estas sublimes criaturas obraban, según lo decían. Unas, como la madre de los tres Santos gemelos de Langres, que bajaba á las prisiones, donde sus hijos habían sido encerrados por la fe; besaba sus cadenas, y yendo de uno al otro radiante de alegría: «¡Oh! hijos míos, les decía, »de todos mis gloriosos antepasados ninguno ha »relegado á mi nombre aureola tan brillante, »como la que ha de darme vuestra cristiana »muerte.»

Otras, como la madre de San Sinforiano de Autun, que sabiendo iban á decapitar á su hijo por la fe de Jesucristo; cuando ya caminaba á la muerte, temerosa de que en la flor de su juventud, (contaba dieciséis años) pudiera tener un momento de vacilación ó pena por la vida que iba á perder, corre en su busca, y así que le divisa: «hijo mío, le grita, no te van á quitar »la vida, vas á cambiarla por otra mejor.»

En fin otras, como Santa Dionisia, que se mantiene firme delante del potro que martiriza á

su hijo idolatrado; le anima con sus miradas cuando estaba agonizando; luego que muere, carga con su cuerpo macerado y deshecho, y le da, por fin, sepultura entonando cánticos de alegría cristiana, mezclados con dolorosos gemidos de amor maternal.

Y por si acaso no eran suficientes las miradas y exhortaciones de una madre, para confortar á su hijo sobre el cadalso; y por si era preciso añadir á éstas los ruegos y las lágrimas, veíaselas también postrarse ante sus hijos, y pedirles que, por piedad para con ellas, murieran animosos: semejantes á la heroica madre de los Macabeos que, si bien nacida antes de Jesucristo, ardiendo ya en el fuego que éste iba á esparcir sobre la tierra, ha dejado á las madres cristianas muy grande ejemplo de valor y fortaleza. Después que esta heroína había animado á los seis primeros hijos á morir con firmeza; y cuando otras tantas veces, transida de dolor pero con frente serena, había recibido la incurable herida que en el corazón de la madre causa la muerte de un hijo; al llegar al séptimo, el más joven de todos, hermoso niño de trece años y que era su Benjamín; temiendo que careciese de valor para imitar á los hermanos, se arroja á sus plantas, y mostrándole su pecho: «hijo mío, le dice, acuér»date que te he llevado nueve meses en mis en-

»trañas, y que te he alimentado con mi leche »durante tres años: por piedad, por conmisera»ción hacia mí, no tengas miedo al verdugo; »muere valerosamente como lo han hecho tus »hermanos (1).»

Lo que una mujer, lo que una madre sobre todo, debe sufrir en tales momentos; cuánta fué la amargura, cuán profundo y cuán desgarrador el dolor de una Sinforosa, de una Felicidad y de tantas otras que las imitaron, jamás pluma alguna podrá expresarlo. Para semejantes madres, que así llevan al cielo sus hijos, una eterna felicidad en unión perpetua de ellos, no parece excesiva recompensa.

Verdad es que Dios no exige sino muy rara vez esta clase de sacrificios; pero tampoco es menos cierto, que la madre que no sea capaz de dar la vida temporal de su hijo, para salvar su vida eterna, no es una madre cristiana: que la madre que no se siente el valor de arrojarse entre su hijo y un crimen, entre su hijo y una villanía, es una madre degradada é indigna de llevar este glorioso nombre. Ahora bien, cuando

(1) «Fili mi, miserere mei, quæ te in utero novem mensibus portavi, et lac triennio dedi et alui... Peto, nate, ut aspicias ad cœlum... Suscipe mortem, ut in illa miseratione cum fratribus tuis te recipiam.» (II Machab., VII, 27, 28 y 29.)